

jándole mas que un solo secretario; dispuso que se aprovechara la ocasion en que se hallara de paseo para quitarle todo medio de escribir, despojarle de sus papeles y enviarlos á Paris con objeto de que fueran examinados: á quince ó veinte mil francos anuales redujo los gastos, que hasta entonces siempre habian sido de príncipe, y encargó que se notificara al papa como le estaba expresamente prohibido escribir y recibir cartas. Un oficial de la gendarmería fué enviado para vigilarle de dia y de noche y observar sus menores movimientos. El prefecto Mr. de Chabrol estaba encargado de asustar al papa no solo por su persona, sino por cuantos se hallaran comprometidos en las intrigas que se descubrieran en lo sucesivo. Debía decirle que por su conducta se colocaba en el caso de ser sometido á juicio y aun depuesto por un concilio y que exponia á sus cómplices á castigos aun mas severos.

Por fortuna la ejecucion de estas providencias iracundas estaba confiada á un hombre lleno de tacto y de cordura. Mr. de Chabrol habló al papa, no como ministro amenazante de un poder irritado, sino como ministro afligido que no se servia de la fuerza con que estaba armado mas que para dar á su augusto cautivo algunos consejos de sensatez y de prudencia. Sin embargo, no pudo ahorrar al papa la desazon de desviar á sus lados, de despojarle de sus papeles y de otras muchas precauciones tan humillantes como pueriles. Turbado el papa de pronto mas de lo que convenia (y lo referimos con sentimiento, porque es uno celoso de la dignidad del tal víctima), se repuso en breve, oyó con dulzura á Mr. de Chabrol, dijo que si se le hubieran pedido sus papeles los hubiera entrega-

do, sin que se necesitara recurrir á una supercheria como la de quitárselos mientras se hallaba de paseo, prometió no cartearse con nadie, no por él, sino por los que pudieran ser victimas de su adhesion á la Iglesia, y añadió, que ya viejo y abrumado por las vicisitudes se hallaba al fin de su carrera y burlaria pronto á sus perseguidores, no dejándoles entre las manos un papa, sino un cadáver inanimado.

Mr. de Chabrol le consoló al par que le hizo oír palabras de cordura útiles y necesarias, y con lo que escribió á Paris contribuyó á que se dulcificaran las providencias dadas antes. Materialmente no se hizo alteracion en los gastos del papa.

Por lo que hace á los cabildos de Asti y Florencia, se sometieron con innoble prisa. Los canónigos recalcitrantes, excepto uno ó dos puestos en las prisiones de Estado, cayeron de rodillas ante el poder temporal, se excusaron, gimieron, y sin la objeccion mas leve confirieron á Mr. de Osmond para la diócesis de Florencia, á Mr. Dejean para la diócesis de Asti, casi todos los poderes, no solo de un administrador, sino de un prelado instituido. En Paris la prontitud de la sumision fue todavía mas notable. Todo se achacó á la imprudencia de Mr. de Astros, especie de fanático, se decia, por quien la diócesis estuvo á pique de perderse. No quedó al cardenal Maury mas sentimiento que el de obedecer á tal poder y el de mandar á tales subordinados. Con igual docilidad se sometieron las diócesis de Metz, de Aix y otras, donde se habia suscitado el propio conflicto. ¡No era este el tiempo del genio y del martirio para la Iglesia! ¡Solo su gefe, Pío VII, á pesar de algunos

momentos de debilidad inseparables de la naturaleza humana, á pesar de algunos arrebatos inseparables de su estado de sufrimiento, se mostraba aun digno de los hermosos siglos de la Iglesia romana!

Aunque se tranquilizó Napoleon, viéndose obedido tan pronto, resolvió poner término á tales resistencias, que le importunaban sin espantarle, y que le espantaban harto poco, pues eran mas graves de lo que creia. Fijóse pues en una idea que ya le habia ocurrido varias veces, la de un concilio, en que se lisongeaba ser el amo, y del cual esperaba servirse, ya para inducir al papa á que cediera, ya para prescindir de él, substituyendo á la autoridad del gefe de la Iglesia, la autoridad superior de la Iglesia reunida. Formada tenia ya una comision eclesiástica compuesta de muchos preladados y sacerdotes, y entre otros de Mr. de Emery, respetado superior de la congregacion de San Sulpicio. Convocóla de nuevo, modificándola algun tanto, lo cual hacia indispensable el reciente fallecimiento de Mr. de Emery, y sometió á su examen todas las cuestiones que originaba el proyecto de un concilio. ¿Seria general ó provincial? ¿Se compondria de todos los obispos de la cristiandad ó solo de los obispos del Imperio, del reino de Italia y de la Confederacion germanica, lo cual equivalia á la cristiandad casi entera? ¿Qué cuestiones habria que someterle, qué resoluciones pedirle, qué formas se habrian de observar en este siglo XIX tan distinto de los siglos en que los últimos concilios se habian congregado? Vivamente insistió Napoleon en que se acelerara el examen de estas diversas cuestiones, proponiéndose reu-

nir el concilio á principios del mes de junio el mismo dia del bautizo del rey de Roma.

Mientras llegaba este tiempo no apartaba Napoleon sus ojos de los asuntos del Norte y se ocupaba con igual actividad en la diplomacia y en los aprestos militares.

Relativamente á diplomacia acababa de hacer una eleccion que no debia tener influencia venturosa sobre su destino, que era la de Mr. Maret, duque de Basano, para el ministerio de Negocios extranjeros. Ya, segun se ha visto, se habia separado de los dos únicos personajes á quienes se pudiera á la sazón dividir por entre la aureola de gloria que le rodeaba, Mr. Fouché y de Talleyrand. Como hemos contado tambien, habia remplazado á Mr. Fouché con el duque de Rovigo, y nada mejor podia hacer una vez cometida la falta de desprenderse de Mr. Fouché. A Mr. de Talleyrand dió por sucesor á Mr. de Champagny, duque de Cadore, varon prudente y templado que nada ponía ni quitaba á la voluntad imperiosa de Napoleon, bien que la moderacion de su caracter sirviera para amortiguarla algun tanto. Sobre cada objeto escribia el duque de Cadore excelentes memorias, pero hablaba poco, y hablando poco no inducia á hablar á los diplomáticos extranjeros. Frecuentemente se quejaba Napoleon al príncipe Cambaceres de que su ministro de Negocios extranjeros *carecia de conversacion*, y acabó por ceder á los deseos de su secretario de Estado Mr. de Basano, quien suspiraba por el papel de ministro de Negocios extranjeros y representante del grande Imperio ante la Europa. Determinóse Napoleon á esta eleccion cabalmente por abril de 1811, época en que el estado

de Europa se complicaba y en que semejante nombramiento podia tener los mayores inconvenientes.

Ya hemos hablado de Mr. de Basano; pero el gran papel, que hizo con posterioridad, exige que hablemos todavía mas de su persona. Este ministro tenia exactamente todo lo que faltaba á Mr. de Cadore: tan modesto y hasta tímido como era este, dejaba aquel de serlo. Hombre de bien, como ya hemos dicho, muy adicto á Napoleon, si bien con aquella adhesion fatal á los principes á quienes se profesa, pulido, con gusto y talento para hacer figura, hablando bien, oyéndose hablar, vano hasta el exceso del brillo que de su señor tomaba, parecia como cortado para abultar los defectos de Napoleon, si cupiera en lo posible dar bulto á sus malas ó buenas cualidades. Cuando la voluntad imperiosa de Napoleon pasaba por la boca vacilante de Mr. de Cadore perdía algo de su violencia; cuando pasaba por la boca lenta y burlona de Mr. de Talleyrand perdía algo de su formalidad. A esta manera de transmitir sus órdenes daba Napoleon el nombre de torpeza respecto del primero y de traicion respecto del segundo ¡dichosa traicion que no revelaba mas que sus pasiones en provecho de sus intereses! Nada parecido habia que temer en Mr. de Basano, y seguro estaba el emperador de que ninguna de las manifestaciones de su voluntad ruda sería templada por la prudente reserva de su ministro. Iba el más orgulloso de los soberanos á tener por agente al menos modesto de los ministros, y cabalmente á la hora en que, exasperada la Europa, hubiera necesitado de mas contemplaciones. Conviene añadir para excusa de Mr. de Basano, que miraba á Napoleon, no solo como

al mas gran capitán, sino como al mas sábio político, y que no hallaba casi nada que alterar en sus miras, buena fé que le hacia inocentemente el ministro mas peligroso.

Era el 17 de abril cuando Napoleon llamó al archicanciller Cambaceres, á quien solo consultaba de tarde en tarde, salvo en materia de legislacion, para escucharle casi siempre, salvo en materia de religion para no escucharle casi nunca, salvo en materia de personas para predisponerle á sus bruscos antojos. Le expuso lo que le parecia en Mr. de Cadore digno de censura, aun estimándole y amándole mucho, y su resolucion de reemplazarle con Mr. de Basano. Algunas palabras dijo el principe de Cambaceres en favor de Mr. de Cadore, callóse respecto de Mr. de Basano, silencio muy bastante para Napoleon que lo adivinaba todo, aunque no hacia caso de nada, y tomó la pluma para redactar el decreto. Napoleon lo firmó y acto continuo encargó al principe Cambaceres que fuera con Mr. de Basano á pedir á Mr. de Cadore la cartera de Negocios extrangeros. Con efecto, el principe Cambaceres fue en compañía de Mr. de Basano á casa de Mr. de Cadore, le sorprendió por extremo con su mensaje, porque este hombre excelente no habia adivinado en qué desagradaba á su señor, y solo halló en él una resignacion tranquila y silenciosa. Mr. de Cadore entregó á Mr. de Basano su cartera con pena disimulada, aunque visible, y Mr. de Basano recibíola con el ciego alborozo de la ambicion satisfecha, ignorando el primero cuan cruel carga se quitaba de encima, y el segundo en qué catástrofes tan espantosas iba á tomar parte ¡Feliz y terrible arcano del destino, en medio

del cual andamos como en el seno de una nube! Habiendo descubierto el príncipe Cambaceres la pena de Mr. de Cadore dió á Napoleon cuenta de ella, y éste pesaroso siempre que afligia á alguno de sus antiguos servidores, indemnizó al ministro destituido magníficamente y le nombró intendente general de la corona.

Mas felizmente inspirado estuvo Napoleon al elegir su nuevo embajador para San Petersburgo. Segun dejamos ya referido, nombró por sucesor del duque de Vicencio á Mr. de Lauriston, uno de sus ayudantes de campo, á quien ya habia empleado provechosamente en varias misiones delicadas, para las cuales se requerian tacto, reserva, talento de observacion, conocimientos administrativos y militares. Hombre sencillo y sensato era Mr. de Lauriston, amante de no desagradar á su soberano, pero queriendo mas de todas maneras desagradarle que engañarle. Ningun embajador era mas idóneo que él para conseguir que se avinieran los dos emperadores de Francia y de Rusia, si era posible la avenencia, contemplando al primero é inspirándole confianza, y persuadiendo al segundo de que la guerra no era inevitable y de que de su voluntad dependia todo. Seguramente habia pocas probabilidades de salir airoso en esta mision, y mas segun el estado á que eran llegadas las cosas, pero tambien se podia tener como positivo que por causa de Mr. de Lauriston no empeoraria nada.

Despues de apresurar Napoleon tanto sus armamentos al saber que habian sido llamadas las divisiones rusas de Turquía, conoció que no era ya tiempo de disimularlos, y previno que Mr. de Caulaincourt al tiempo de su partida y Mr. Lauris-

ton al tiempo de su llegada, no ocultaran cosa alguna, y antes bien confesaran de plano todos los preparativos que habia hecho, y que hicieran alarde de ellos con fruicion, para intimidar á Alejandro ya que no se podia adormecerle. Pero igualmente habia autorizado á uno y á otro para declarar formalmente que no deseaba la guerra por la guerra; que si la preparaba era únicamente por creer que se disponia en su contra, porque estaba convencido de que, terminados los asuntos de Turquía se armaria Rusia á Inglaterra, aunque no fuera mas que para restablecer con ella su comercio, y gozar asi á lo egoista de las ventajas que habria debido á la alianza francesa; que ya lo habia hecho á medias recibiendo en sus puertos á los americanos; que, segun su modo de ver, lo de recibir á los defraudadores era casi ponerse en guerra; que si era posible que se deseara por una miseria como la de Oldemburgo, no habia mas que pedir una compensacion, que daria por grande que fuera, pero que se necesitaba hablar francamente, no reservar nada de lo que hubiera en el corazon, á fin de deponer ó de empuñar las armas de seguida, y de no consumirse en inútiles preparativos. Todas estas cosas habia dicho al príncipe Kourakin y á Mr. Czernicheff con cierta mezcla de donaire, de altanería, de hombría de bien, que sabia emplear muy oportunamente, y habia estimulado á Mr. de Czernicheff para que fuera á repetirlo á San Petersburgo. Sin embargo, como no se queria explicar tan categóricamente sino cuando estuvieran bastante adelantados sus armamentos, habia recomendado á Mr. de Lauriston, al hacerle emprender por abril el viage, que no llegara á San Petersburgo hasta en-

trado mayo, momento en que podian ser conocidos sus mas significativos aprestos. Ni él mismo habló á Mrs. de Kourakin y de Czernicheff, sino poco antes de esta época tan á las claras.

Pero el esmero de Napoleon por establecer una hábil gradacion en su lenguaje era supérfluo de todo punto, porque Alejandro estaba informado dia por dia y con rara exactitud de cuanto se hacia en Francia. Algunos polacos adictos á Rusia, muchos alemanes que nos aborrecian por extremo, la mayor parte de los arruinados habitantes de Danzick, de Lubeck, de Hamburgo, le habian avisado á porfia de todos los movimientos de nuestras tropas. Ultimamente un miserable empleado del ministerio de la Guerra, ganado á precio de oro por Mr. de Czernicheff, habia participado la fuerza efectiva de todos los cuerpos. Asi, á cada esfuerzo de Mr. de Caulaincourt para negar ó atenuar por lo menos los hechos, cuya noticia llegaba cotidianamente á San Petersburgo, Alejandro le respondia: — «No lo negueis, porque estoy cierto de lo que afirmo. Evidentemente se os oculta todo, porque no inspirais confianza. Inútil es todo el trabajo que me tomo para ilustraros sobre el asunto, y que me tomo de buena voluntad porque os estimo y amo. El emperador Napoleon no os cree, porque le decís la verdad; supone que os he ganado, y que sois mio y no suyo; lo propio sucederá con Mr. de Lauriston, que tambien es un hombre honrado, que no podrá menos de repetir las mismas cosas, y vuestro soberano dirá asi mismo que Mr. de Lauriston está ganado.»

Mr. de Caulaincourt, del cual efectivamente decia Napoleon todo esto, y sobre quien habia obra-

do la gracia seductora del emperador Alejandro, bien que no hasta el punto de hacerle escribir otra cosa que la verdad, habiendo á su vez respondido y manifestado á su augusto interlocutor que positivamente se armaba en Francia, pero solo porque se armaba en Rusia, habiéndole hablado de las obras que se ejecutaban junto al Dwina y al Dnieper, del movimiento de las tropas de Finlandia, del de las de Turquía, y viéndose descubierto Alejandro, habia desplegado la mas cabal franqueza, y lo podia hacer sin el mas mínimo inconveniente, porque era la verdad que no habia tomado las primeras precauciones sino á consecuencia de los numerosos avisos llegados de Polonia y de Alemania, y porque ademas no venia mal que se supiera que estaba preparado á batirse resueltamente. — «Suponeis que armo, dijo a Mr. de Caulaincourt, y estoy lejos de negarlo: armo efectivamente, estoy preparado del todo, y me hallareis dispuesto a defenderme con energia. ¿Y qué pensariais de mí si procediera de otro modo, si fuera tan simple, tan olvidizo de mis deberes que dejara expuesto mi país á una voluntad tan pronta, tan exigente, tan formidable como la de vuestro soberano? Pero no he armado sino cuando por noticias seguras, infalibles, cuyo origen se entienda que no tengo necesidad de revelaros, he sabido que se ponía Danzick en estado de defensa, que se aumentaba la guarnicion de esta plaza, que las tropas del mariscal Davout se engrosaban y se reconcentraban, que los polacos y los sajones tenian órdenes de estar preparados, que se acababa á Modlin, se reparaba á Thorn y se abastecian finalmente todas las plazas. Recibidas estas noticias, ved aquí lo que he he-

cho...»—Llevando entonces de la mano á Mr. de Caulaincourt á un apartado gabinete, donde tenia extendidos sus mapas, añadió Alejandro lo que sigue.—«He mandado que se hagan trabajos defensivos no hácia delante sino muy detrás de mis fronteras junto al Dwina y al Dnieper, en Riga, Duna-burgo y Bovruisk, es decir, á una distancia del Niemen casi igual á la que separa á Estrasburgo de París. Si vuestro soberano fortificara su capital ¿podria yo quejarme de ello? Y cuando lleva sus preparativos tan adelante de sus fronteras ¿se me podra acusar de provocacion por que yo arme tan detras de las mias? No he sacado divisiones enteras de Finlandia, sino que he devuelto á las de Lithuania los regimientos que de ellas habia tomado para la guerra contra los suecos, he enviado al ejército los batallones de guarnicion y he cambiado la organizacion de mis depósitos. Aumento mi guardia, de lo cual no me hablais y yo os doy cuenta, y procuro hacerla digna de la guardia de Napoleon. Finalmente, he llamado á cinco de mis divisiones de Turquía, sobre lo cual disto mucho de querer hacer misterio, y antes bien hago asunto de queja contra vosotros, como que me estorbais asi recoger el fruto convenido de nuestra alianza, fruto bien módico á la verdad en comparacion de vuestras conquistas: en suma, no quiero que se me coja desprevenido. No tengo tan buenos generales como los vuestros, y sobre todo yo no soy general, ni administrador como Napoleon; pero tengo buenos soldados, tengo una nacion muy adicta, y antes moriremos todos con la espada en la mano que permitir que se nos trate como á los holandeses ó los hamburgueses. Sin embargo, os declaro por mi

honor que no seré yo quien dispare el primer cañonazo. Os dejaré pasar el Niemen antes de pasarlo yo mismo. Creedme, no os engaño; no quiero la guerra: aunque mi nacion está ofendida del porte de vuestro emperador conmigo y alarmada por vuestras usurpaciones, por vuestros proyectos sobre Polonia, no quiere tampoco la guerra, porque conoce sus peligros; pero no retrocederá si se ve atacada.»

Habiendo replicado Mr. de Caulaincourt al czar que fuera de la guerra habia cosas capaces de igualar en gravedad á las mismas hostilidades; que el proyecto de aproximarse á Inglaterra despues de la conquista de las provincias danubianas, de restablecer el comercio ruso con ella, se consideraria por Napoleon como no menos peligroso que los cañonazos, se apresuró Alejandro á explicar este punto como los otros y dijo. «No pienso en aproximarme á Inglaterra despues del arreglo de las cosas de Turquía. Acabada esta guerra, incorporadas á mis dominios la Finlandia, la Moldavia, la Valaquia, tendré por consumada la tarea militar y politica de mi reinado. No quiero correr nuevos azares, quiero gozar en paz de lo que haya adquirido, quiero ocuparme en civilizar á mi imperio mejor que dedicarme á ensancharlo. Ahora bien, para aproximarme á Inglaterra tendria que alejarme de Francia, y que correr el riesgo de una guerra con ella, que miro como la mas peligrosa de todas. ¿Y para qué bueno? ¿Para servir á Inglaterra, para apovar sus teorías maritimas que no son las mias? Esto fuera una insensatez por mi parte. Terminada la guerra de Turquía, quiero permanecer en reposo, compensado de lo que ha-

yais adquirido con lo que yo adquiera, compensado muy mezquinamente, al decir de los adversarios de la política de Tilsit, pero lo bastante á mis ojos. Permaneceré fiel á esta política, continuaré hostil á Inglaterra, le tendré cerrados mis puertos, aunque en la medida que ya he dado á conocer y la cual no puedo alterar de ningun modo. Ya os he dicho y repito que no me es posible privar á mis súbditos de todo comercio, ni prohibirles que trafiquen con los americanos. Asi entran algunas mercancías inglesas en Rusia, pero tantas introducís vosotros en vuestros pais cuando menos, de resultas de vuestras licencias, y mas aun por vuestra tarifa que las admite mediante el pago del 50 por 100. No puedo ponerme mas trabas que las que os poneis vosotros: persistiendo en una alianza, que no os cuidais de popularizar en Rusia, necesito no hacerla intolerable á mis pueblos con un género de abnegacion de que ni vosotros dais ejemplo, y que tampoco es necesario para reducir á Inglaterra al último apuro, como se hallará reducida muy pronto, si vosotros mismos no la creais aliados en el continente. Forzoso es pues atenerse á estos términos, porque os declaró terminantemente que, aun cuando la guerra se hallara á mis puertas, no iré mas allá respecto de medidas comerciales. Sobre los demas puntos que nos dividen he tomado tambien mi partido. Muy bulliciosos y discoloros son los polacos, y sin recato anuncian la próxima reconstitucion de Polonia, pero cuento con la palabra del emperador sobre este asunto, aunque se haya negado al convenio que le he pedido. Relativamente á lo de Oldemburgo necesito algo que no sea irrisorio, no por mi familia, pues sobrado rico soy

para indemnizarla, sino por el decoro de mi corona; y sobre esto me remito tambien á lo que Napoleon determine. Os he dicho y repito que, aunque agraviado y comprometido de resultas de lo pasado en Oldemburgo, por este motivo no haré la guerra.»

Habiendo insistido Mr. de Caulaincourt para que el emperador Alejandro señalara la indemnizacion que pudiera convenirle, rehusó de nuevo explicarse. ¿Donde quereis, le dijo, que busque la indemnizacion? ¿En Polonia? Entonces diria Napoleon que le pido parte del ducado de Varsovia, y que por lo de Polonia hago la guerra. Aunque me ofreciera todo el ducado, lo rehusaria. ¿Pediré la indemnizacion en Alemania? Entonces iria á decir á los príncipes alemanes que trato de despojarles. De ninguna manera puedo tomar en esto la iniciativa, pero me fio en vuestro soberano. Sálvense las apariencias, y quedaré satisfecho, y completaré con dinero la indemnizacion, si no fuese bastante.

A medida que la partida de Mr. de Caulaincourt se acercaba, habia procurado Alejandro tratar á este embajador con mas afecto, y fino como era, manifestó evidentemente sus verdaderos propósitos en las expresiones que con él tuvo. Mucho distaba de gustarle la grandeza de Napoleon, pero se resignaba á ella no obstante en cambio de la Finlandia, la Moldavia y la Valaquia. Por aproximarse á Inglaterra, no queria arriesgar una lucha con Francia, cuya sola idea le hacia estremecerse, pero tampoco queria sacrificar los restos de su comercio, y solo por este motivo era capaz de arrostrar una ruptura. Su nacion, y por su nacion entendemos especialmente la nobleza y la alta clase del ejército, adivinándole sin que se explicara, apro-

bando esta vez lo que hacia del todo, no queriendo tampoco la guerra, sino en el caso en que no podia ser rehusada y bajo las mismas condiciones que el soberano, no hacia alarde de jactancia ni de animadversion alguna, y decia como su emperador en voz alta y con cierta modestia mezclada de noble energía, que sabia que la guerra con Francia tenia mucho de grave, pero que si se llegaba hasta el punto de violentarla en su independencia, se defenderia y sabia morir con las armas en la mano. Ya en todas las clases de la nacion se habia divulgado una idea, que, á imitacion de los ingleses en Portugal, se retirarian á las profundidades de Rusia, lo destruirian todo al retirarse, para que perecieran los franceses de miseria, ya que no bajo las armas rusas. Por lo demas nada habia de provocacion ni en la actitud, ni en el lenguaje, y tanto Mr. de Caulaincourt como los franceses que le rodeaban eran acogidos en todas partes con doble cortesía

Habiéndose sabido en San Petersburgo, antes de que Mr. de Lauriston llegara, la noticia del nacimiento del rey de Roma, envió Alejandro á todos los magnates de su córte á cumplimentar al embajador de Francia, y se portó en esta coyuntura con tanta cordialidad como franqueza. Mr. de Caulaincourt deseaba terminar su brillante y utilísima embajada (y es justo calificarla así, pues habia contribuido á retardar la ruptura entre ambos imperios) con una fiesta magnífica en celebridad del nacimiento del rey de Roma. Naturalmente anhelaba que asistiera á ella el emperador Alejandro, y este, adivinando su deseo, le dijo estas terminantes palabras. Mirad, no me convideis, pues me

veré obligado á no admitir el convite, no siéndome posible ir á bailar á vuestra casa, mientras doscientos mil franceses se encaminan á mis fronteras. Me fingiré enfermo, para proporcionaros un motivo de no convidarme; pero os enviaré toda mi córte, hasta mi familia, porque quiero que vuestra fiesta sea brillante, tal como debe serlo por el suceso que celebráis y por vos que la dais. Vuestro sucesor está para llegar, y quizá traiga algo que nos tranquilice: entences, si llegásemos á entendernos, prodigaré á vuestro soberano y á vos los testimonios de amistad mas significativos.

Con efecto sucedió en aquella gran fiesta lo anunciado por el emperador Alejandro y se salvaron todas las conveniencias. Mr. de Lauriston, aguardado impacientemente, llegó por fin el 9 de mayo de 1811 á San Petersburgo. Inmediatamente le presentó Mr. de Caulaincourt al emperador Alejandro, que le recibió con perfecta gracia y confianza lisongerás sabiendo que, bajo el aspecto de las disposiciones amistosas y verídicas, no perdía nada en el cambio. Despues de dedicar algunos dias á recepciones oficiales esplendorosas, tanto en presencia de Mr. de Caulaincourt como mano á mano, puso Alejandro á Mr. de Lauriston, por decirlo así, en tortura, para obtener algun esclarecimiento satisfactorio sobre los proyectos de Napoleon; pero nada supo que Mr. de Caulaincourt no le hubiera ya dicho y que Mr. de Czernicheff, recién llegado de París, no le hubiera llevado. Napoleon no deseaba una ruptura, pero se armaba porque habia sabido la llegada á Lithuania de las divisiones de Finlandia y Turquía, que se removía tierra junto al Dwina y el Dnieper, por que se le

anunciaba de todas partes la guerra, porque temia que se le declarara tan luego como se arreglaran las cosas de Turquía, porque los americanos eran admitidos en los puertos de Rusia, etc.... A estas réplicas no podia Alejandro oponer mas que otras réplicas para repetir que armaba sin duda, pero solo por responder á los armamentos de Napoleon; que de ningun modo pensaba en mover una nueva guerra despues del arreglo de los asuntos de Turquía; que no tomara las armas, si no se empuñaban en su contra; que empeñaba su palabra de hombre y de soberano de que no procedería de otro modo; que admitía á los americanos porque no podia prescindir de este residuo de comercio, y que comprometido en Tilsit, no á los decretos de Berlin ó Milan, que no le eran conocidos, sino al derecho de los neutrales, era fiel, mas fiel que Francia á este derecho, con admitir á los neutrales; que en suma estaba pronto á desarmar con tal de que se conviniera en que fuera reciproco el desarme.

Despues de estas repeticiones, que hizo oír á Mr. de Lauriston como á Mr. de Caulaincourt una vez y otra, recibió á este en audiencia de despedida, le estrechó en sus brazos, le suplicó que hiciera conocer á Napoleon la verdad toda, rogó á Mr. de Lauriston, que se hallaba presente, que la repitiera por su parte, añadiendo con tristeza estas características palabras. «Pero no sereis mas creído que Mr. de Caulaincourt.... Se dirá que os he ganado, que os he seducido, y que, caído en mis redes, os habeis hecho mas ruso que francés....»

Mr. de Caulaincourt partió para París, y á los pocos dias de estar Mr. de Lauriston en San Peters-

burgo escribió al ministerio francés que en su calidad de hombre honrado no podia menos de decir la verdad á su soberano; que estaba resuelto á decirle, y que así declaraba que el emperador Alejandro, preparado hasta cierto punto, no queria sin embargo la guerra, y en ningun caso tomara la iniciativa, y tan solo la haria si se la llevaban á su territorio, que respecto de lo de Oldemburgo aceptaria lo que se le diera, hasta Erfurt, aun cuando la indemnizacion fuera irrisoria, si bien seria bueno hallar algo mejor para satisfacer el amor propio ruso profundamente vulnerado; que en cuanto á la cuestion comercial se conseguiria mas rigor en el exámen de los papeles de los neutrales, á pesar de que ya se les trataba con cierta severidad, pues en el discurso de un año se habian apresado ciento cincuenta buques ingleses; pero que Rusia nunca llegaria hasta prescindir enteramente de los neutrales. Yo (añadia Mr. de Lauriston) no puedo ver ni decir mas que lo que veo. Tales como las expongo son las cosas, y de no darse por contentos con las concesiones que son posibles, habrá guerra, la habrá porque se haya querido, y será grave segun lo que he observado aquí y durante mi viage. Mr de Czernicheff fué enviado nuevamente á París para repetir en otros términos, si bien con las propias afirmaciones, exactamente las mismas cosas, y tambien para proseguir cerca del ministerio de la Guerra un género de corrupcion, del cual solo él tenia el secreto en la legacion rusa, y al cual daba gran valor su gobierno, porque así obtenia los mas preciosos informes sobre los preparativos militares de Francia.

Cuando llegaron á París estas nuevas explica-

ciones de resultas del regreso de Mrs. de Czernicheff y de Caulaincourt y de las cartas de Mr. de Lauriston, dedujo Napoleon, no que la paz era posible, si él quería, sino que la guerra no estallaría antes de un año, porque evidentemente los rusos no tomarían la iniciativa, puesto que no la habían ya tomado á pesar de todo lo hecho para provocarles, y evidentemente asimismo tenían por terminar muchos aprestos y querían concluir la guerra de Turquía antes de emprender otra alguna; y como Napoleon había formado el propósito de no acometer esta nueva campaña del Norte sino con inmensos recursos, no le disgustó contar un año de plazo, ora para preparar sus tropas, ora para completar su material, que, según hemos dicho, constituía la principal dificultad de su próxima empresa. ¿Porqué su gran conocimiento de la situación no fué mas lejos? ¿Porqué no vió que le era posible, no solo diferir la ruptura, sino evitarla? Por la razón que hemos alegado anteriormente. Tantas veces había experimentado que al primer resfriamiento seguía inevitablemente la guerra: tantas veces había visto á sus enemigos encubiertos prontos á aliarse tan luego como osaba arrancarse la máscara un enemigo declarado: tan á las claras veía en Rusia al contrario vencido, pero no anonadado, en torno del cual se agruparían los resentimientos de la Europa, que tuvo por cierto que tarde ó temprano se hallaría en conflicto con ella, y descubriendo seguidamente en la guerra probable la guerra declarada, hasta el punto de que su propia prevision se le convertía en un lazo; leyendo profundamente en el corazón de los demás sin mirar siquiera al suyo; no parando la conside-

ración en que en el rápido encadenamiento de la frialdad á la clara ruptura entraba como causa principal su carácter fogoso; no viendo que de él dependía romper este círculo fatal, solo con que por un instante se mostrara moderado, paciente, tolerante respecto de los demás; no haciendo ninguna de estas saludables reflexiones; no teniendo á su lado á nadie para obligarle á hacerlas; no recibiendo ningún dictamen útil ni de sus ministros ni de los cuerpos del Estado, especies de fantasmas destinados á representar á la nación, sin atreverse á exponer á las claras sus mas crueles sufrimientos, entregado enteramente á sí propio, resolvió segunda vez, puede decirse que en mayo de 1811, la guerra con Rusia, abrazando no obstante el partido de diferiría. Prontamente resuelto siempre, adoptó desde fines de mayo sus disposiciones en consecuencia, y dió sus órdenes militares, sus instrucciones diplomáticas con la certidumbre absoluta de que la guerra de Rusia no tendría lugar hasta 1812, si bien entonces estallaría infaliblemente.

No ocultando nada al mariscal Davout, escribióle al punto que ya apremiaban menos los sucesos (1), aunque no renunciaba á ninguno de sus preparativos, solo que siempre que ofreciera ventaja de economía ó de buena ejecución el concluir una cosa en quince días, en vez de acabarla en ocho, convenia atenderse á los quince; que su designio era tener pronto el ejército del Norte

(1) Refiero estos hechos teniendo á la vista las cartas de Napoleon al mariscal Davout, al ministro de la Guerra, al rey de Sajonia y al príncipe Poniatowski.

para el comienzo de 1812, pero en proporciones de mucho mas bulto que las fijadas al principio. Ya no se trataba de trescientos mil hombres, sino de reunir doscientos mil á las órdenes del mariscal Davout junto al Vistula; de tener Napoleon otros doscientos mil junto al Oder bajo su mando; de tener una reserva de otros doscientos mil junto al Elba y el Rhin, una fuerza igual poco mas ó menos en lo interior para seguridad del Imperio, y de enviar tropas á España en vez de retirarlas de su territorio. Napoleon dispuso que no marcharan ya los cuartos y sextos batallones del mariscal Davout, resolviendo que se formaran en el depósito para que estuvieran mejor organizados, y hasta concibió la creacion de séptimos batallones para tener seis en estado de servicio: no llevó adelante la formacion decretada en momentos de urgencia de batallones selectos con las tropas estacionadas en Holanda é Italia, y hasta quiso que se creáran cuartos y sextos batallones en estos regimientos. Sin restringir la compra de caballos, y antes bien aumentándola, previno que se hiciera mas lentamente para hacerla mejor, y emprendió la organizacion de sus inmensos carros en mas vastas proporciones y con arreglo á un nuevo modelo, que describiremos mas adelante. Por último aprovechó el tiempo que le quedaba para componer de otro modo y mas en grande el ejército polaco, y envió caudales a Varsovia, para tener las plazas de Modlin, Thorn, Torgau, completamente acabadas y armadas al año siguiente. En suma, lejos de disminuir sus preparativos, les dió á la par mas lentitud y mas extension para que fueran mas perfectos y vastos.

Con sujecion á iguales designios fué dirigida la diplomacia. Tanteóse al Austria, obteniendo de ella respuestas propias á inspirar confianza por poca propension que hubiera á forjarse ilusiones. Desde la guerra de 1809 dirigia Mr. de Metternich el gabinete de Viena. Su política declarada era la paz con Francia: teniendo ambicion de que su pais sacara de ella algun resultado brillante, hubiera querido hacer salir de esta paz una alianza, y de la alianza la restitucion de la Hiria que, á causa de Trieste y del Adriático, era lo que mas cuidado daba entonces al Austria. Por esto se habia allí acogido con anhelo el matrimonio de Napoleon con Maria Luisa. Pero esta política hallaba contradictores en Viena. No creyéndose la corte mas encadenada que de costumbre á la voluntad del ministerio, obedeciendo como siempre á sus pasiones, recibia á los rusos y en general á los descontentos, cualesquiera que fuesen, muy favorablemente, usaba el lenguaje menos comedido respecto de Francia, y creyendo descubrir nuevas tempestades en las nubes que se iban condensando hácia el Norte, anhelaba muy de veras que estallaran al cabo, porque en las cortes, ni mas ni menos que en las calles, los descontentos, tienen la costumbre de desear las tempestades. Con una expansion, que no le era habitual, habia acogido la corte de Viena á los escritores, Mr. Schlegel, Goethe, Wieland y otros más, habian sido atraidos y recibidos en Viena con mucho brillo. Entonces habia una manera indirecta, y muy legitima sin duda, de decir que Alemania debia alzarse muy pronto contra Francia, y era celebrar, exaltar lo que se llamaba genio germánico, proclamar su superioridad sobre el genio de los de-